

05 - La Serpiente Ébano del Hambre

Josel Gueta



Capítulo 1

LA SERPIENTE ÉBANO DEL HAMBRE

Durante un entrenamiento nocturno, el eco del rebote resonaba en una cancha vacía. Uno. Dos. Tres. Lee respiró profundo, flexionó las rodillas, se preparó... y lanzó. La pelota voló en un arco que parecía perfecto antes de encestar. El sonido del aro debía llenar el silencio, pero no lo hizo. El tiro falló, y la pelota rebotó contra el tablero, rodando hacia el fondo de la cancha.

Cuando la pelota volvió a sus manos, una sensación de frustración recorrió sus dedos. Llevaba más de una hora intentando encestar, pero Lee Mont empezaba a aceptar que el baloncesto no era lo suyo. En realidad, los deportes nunca le habían gustado. Todo lo que implicara trabajo en equipo o competitividad lo hacía sentir fuera de lugar, como si no encajara en ese mundo. Aun así, no quería regresar aún a su nuevo hogar.

Aunque ya era de noche, Lee estaba acostumbrado a estar en la calle, a pesar de que llevaba casi tres meses viviendo en la pequeña casa de Sammy Mûre, una camarera que se apiadó de él una noche de tormenta cuando lo encontró fuera de su restaurante. Tras invitarlo a entrar y ofrecerle un sándwich, la jefa de Sammy, aunque estricta, no pudo resistirse a los ojos color ámbar de Lee. Le ofreció un trabajo lavando platos a cambio de poder dormir en la sala de descanso del restaurante. Pero Sammy, con su corazón blando, decidió llevarlo a su casa, como si fuera un gatito abandonado.

Los primeros días fueron extraños. Lee no podía dormir de noche, siempre alerta por los años que pasó en la calle y en la pandilla de la que había huido tras una cruel traición. Sangre, balas y hambre habían sido sus compañeros durante casi cuatro años, y esas cicatrices no sanan de la noche a la mañana. Sin embargo, nunca se quejaba. Sabía comportarse y ser agradecido, con tal de evitar volver a la calle otra vez. Sammy, con su amabilidad desbordante, lo inquietaba. A veces confundía su bondad con una ingenuidad sin remedio, aunque jamás se lo diría. Ella era la única persona que no lo había descartado como basura en mucho tiempo.

Preocupada por la adaptación de su nuevo compañero, Sammy le ofreció comprarle una pelota de baloncesto. Por su parte, "la tía", su jefa en el restaurante, le regaló un par de zapatillas nuevas para reemplazar las viejas y desgastadas que llevaba desde hacía tiempo. Ambas le sugirieron que, si tenía problemas para dormir, fuera a probar suerte en la cancha de baloncesto que estaba a dos cuadras de la casa de Sammy. En ese barrio vivían pocos niños y muchos ancianos, así que la cancha estaba casi

siempre vacía. Eso le daba alivio a Lee, que además prefería ir por las noches, cuando se sentía más seguro en la soledad.

Esa noche en particular, Sammy tenía turno de cierre, y la tía prefería que él no trabajara hasta tan tarde para que pudiera prepararse para volver a estudiar, algo que a Lee no le entusiasmaba mucho en realidad. En el fondo, su única preocupación era que los miembros de su antigua pandilla se enteraran de su nueva ubicación. La última vez que lo traicionaron, enviaron un ejecutor tras él, pero el intento falló. Por eso, esperaba algún tipo de represalia en cualquier momento, y si eso pasaba, no quería que involucraran a Sammy de ninguna manera.

En este momento, ella era lo más importante para él, y haría lo que fuese con tal de protegerla.

En medio de sus pensamientos, Lee no se percató de que una sombra se arrastraba en su dirección, sigilosa y en silencio, mientras volvía a fallar el tiro. El balón rebotó hasta el fondo de la cancha. De repente, una voz algo rasposa rompió el aire nocturno:

—Niño, te falta flexionar bien las rodillas, y tus hombros deben estar rectos si quieres encestar bien.

Lee giró rápidamente hacia la voz, pero solo pudo distinguir una figura oscura al borde de la cancha, quien tomó el balón con una mano.

La persona avanzaba con paso firme bajo la luz del único farol disponible en la cancha, haciendo girar la pelota sobre su dedo índice. Su figura irradiaba una confianza descarada. Vestía una camiseta gris sin mangas y pantalones cortos morados; su cabello oscuro ondeaba tras ella, sostenido por una bandana púrpura. Llevaba unas gafas oscuras que ocultaban su mirada, acentuando un aire de misterio. Lo más llamativo eran las franjas negras tatuadas en sus brazos y piernas, que se deslizaban como serpientes, ondulando con fluidez y fuerza sobre su piel de color ébano, como si formaran parte de cada uno de sus movimientos.

—¿Ellos te mandaron? —respondió secamente Lee, su cuerpo tensándose al instante, preparándose para lo peor.

—¿Ellos? —la mujer soltó una leve carcajada mientras seguía avanzando con una tranquilidad inquietante—. No sé quiénes sean ellos, pero sí, alguien me mandó por ti —contestó con una sonrisa, que, aunque oculta tras las gafas oscuras, parecía brillar en las sombras.

Lee sintió una descarga de adrenalina recorrer su cuerpo. Su respiración se agitaba, y su mente retrocedía a esa noche en que su vida cambió para siempre. Observó con asombro y temor cómo la mujer, sin esfuerzo aparente, lanzaba el balón con una sola mano. A pesar de la distancia, de

las gafas oscuras y de la penumbra, encestó con insultante precisión.

—Relájate, niño. No muerdo... por lo menos, no a ti —dijo la mujer con una sonrisa burlona mientras bajaba el brazo tras el lanzamiento perfecto—. Supongo que ya te haces una idea de quién te busca.

El eco del balón rebotando resonaba en la mente de Lee, cada golpe evocando recuerdos sombríos. El sonido imitaba las gotas de lluvia que caían esa fatídica noche, tres meses atrás, cuando huía de su perseguidor. Atrapado y sin salida, escuchó una voz desconocida en su cabeza que lo guio hasta un callejón oscuro. Lo que parecía el fin de su camino se transformó en algo irreal. Un misterioso hombre enmascarado apareció desde las alturas y, con un grito ensordecedor, invocó una horda de ratas que devoraron a su atacante, dejando a Lee atónito y confundido. Poco después de ese incidente, conoció a Sammy, y su vida cambió.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Lee, intentando mantener su voz firme, aunque sus manos temblaban ligeramente, revelando su miedo.

La mujer soltó otra carcajada, más baja esta vez, casi un siseo que flotaba en el aire.

—No es lo que yo quiera, pequeño. Es lo que *él* quiere.

—¿Y qué es lo que *él* quiere? —increpó Lee con temor en la voz—. ¿Y quién eres tú? —añadió rápidamente, antes de obtener una respuesta.

La mujer se encogió de hombros con una tranquilidad inquietante.

—No estoy muy segura, ¿sabes? *Él* siempre pide cosas raras... —respondió despreocupada—. Me pidió que viniera a verte esta noche porque dijo que me necesitarías.

Lee frunció el ceño, desconfiado, sin dejar de sentir el peligro latente que parecía envolver a esa mujer.

—Así que no me temas, Lee —dijo ella, mostrando una sonrisa más amable, aunque sus gafas seguían ocultando su mirada—. Soy tu amiga, o más bien, tu colega —añadió, sonriendo.

La mujer se acercaba lentamente a Lee, pero él todavía no confiaba en ella.

—¿Cómo puedo creerte? Ni siquiera sé tu nombre —inquirió Lee.

—Oh, es cierto —rió la mujer—. Me llamo Laylith. Y yo sé tú secreto... sé que puedes oír voces que los demás no... porque yo también puedo hacer

cosas que las demás personas nunca podrían hacer.

Esas palabras desconcertaron a Lee. Siempre había procurado que nadie supiera sobre su maldición, su habilidad de escuchar las voces de aquellos sin voz: los animales. Sabía que la gente solía ser escéptica y burlona ante lo desconocido, y rara vez se tomaba el tiempo para comprender algo sin un interés malintencionado. Por eso, siempre ocultaba su habilidad con recelo. El hecho de que Laylith, quien había salido literalmente desde las sombras, lo supiera, fue como un balde de agua fría para él.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó Lee, resignado.

—Ya te lo dije, somos colegas —respondió Laylith, levantando los brazos y mostrando sus palmas en señal de paz—. Somos de la misma calaña.

Finalmente, Lee comprendió que involucrarse con Laylith era algo inevitable. Intuyó que ella sabría más sobre él, incluido su vínculo con Sammy. Decidió que su única opción era seguirle la corriente por el momento.

—Está bien, tú ganas, Laylith —dijo Lee—. Así que dime... ¿cuál es tu historia?

La expresión en el rostro de Laylith cambió de sorpresa a una sonrisa sincera. Era obvio que no se esperaba esa pregunta.

—Vaya... por fin lo comprendiste —contestó, mostrándose alegre—. Te lo diré, pero solo si jugamos un rato. Aún tenemos tiempo.

Lee tomó el balón y se lo pasó a Laylith. Ella comenzó a hacer tiros con una sola mano que impresionaban a Lee, quien trató de imitar sus movimientos, pero fracasó en cada intento, aunque con cada lanzamiento se acercaba un poco más al aro.

—Debes sentir el peso de la pelota en tus manos, como si fuera el cuerpo de una serpiente al acecho de su presa —le explicó Laylith mientras seguía lanzando con destreza.

—Eso no tiene sentido —dijo Lee, intentando analizar la extraña analogía.

—Lo siento —rió Laylith—. Es que me gustan las serpientes. Incluso me tatué una por todo mi cuerpo.

Con orgullo, Laylith levantó los brazos y mostró los tatuajes que recorrían todas sus extremidades, desde las muñecas hasta los tobillos, serpenteando en un diseño oscuro que resaltaba aún más sobre su piel ébano. Lee observó con atención el intrincado detalle de los tatuajes, que

en realidad formaban un solo diseño extendido por todo el cuerpo de Laylith. Sorprendido, no pudo evitar preguntar:

—¿Te dolió cuando te lo hiciste?

De inmediato, Lee notó un cambio en la expresión de Laylith. La pregunta pareció incomodarla, como si algo en su pasado, algo que prefería no recordar, hubiera regresado súbitamente a su mente. Su sonrisa desapareció por un instante.

—Un poco... —respondió, tras una breve pausa—. Fue hace mucho tiempo ya.

Dándole la espalda a Lee, Laylith lanzó de nuevo el balón, esta vez sin la misma energía despreocupada de antes.

Lee sintió una punzada de culpa que le pesaba en el pecho. Había tocado una herida en Laylith que claramente no estaba destinada a ser abierta. Durante unos minutos, el silencio se apoderó de la cancha, con el único sonido del balón encestando repetidamente, mientras Laylith mantenía su rutina. Lee, de pie, observaba a sus espaldas, arrepentido de haber cruzado esa línea, aunque ella había sido quien se había acercado a él primero.

De pronto, Laylith se detuvo en seco, justo antes de lanzar el balón. En ese instante, las voces que Lee tanto temía comenzaron a resonar en su mente. "Huye" y "vienen aquí" eran solo algunos de los múltiples susurros que lo asaltaban, llevándolo a cubrirse los oídos en un intento desesperado por ensordecer el caos que lo envolvía. Entonces, un fuerte sonido de rebote hizo vibrar toda la cancha, acallando el tumulto de sus pensamientos. Asustado, Lee se tensó aún más, sintiendo que algo inminente se acercaba.

Laylith permaneció de espaldas a Lee, su voz apagada, como si cada palabra desenterrara recuerdos dolorosos.

—Lee, ¿sabías que las serpientes pueden predecir desastres antes de que sucedan? —dijo, su tono cargado de una melancolía extraña—. Cuando era niña, en la tribu donde vivía, en un país lejano... Éramos pobres, pero la poca comida que teníamos la repartíamos entre todos. A pesar de eso, todos vivíamos en armonía. No molestábamos a nadie y nadie nos molestaba a nosotros.

Hizo una pausa antes de continuar. Laylith permaneció de espaldas a Lee, su voz estaba teñida de melancolía mientras revivía los recuerdos de su infancia.

—Entonces, un día, las serpientes comenzaron a arrastrarse por todo el pueblo, causando pánico, sobre todo entre los ancianos. Ellos decían que eso significaba que un desastre estaba por llegar... y así fue. Un terremoto sacudió el pueblo, destruyendo lo poco que teníamos. Pocos sobrevivimos. Hambrientos y heridos, hicimos lo que pudimos para seguir adelante... Yo hice lo que pude.

Cada palabra de Laylith parecía cargar el peso de su pasado, impregnando su voz con una amargura contenida.

—Nosotros éramos una tribu aislada, sin recursos ni esperanzas. Pensar en la ayuda del exterior era solo un sueño ingenuo —continuó, y su tono se volvió más oscuro—. Yo... sentía envidia de las serpientes, porque al menos ellas podían sentir cuando el desastre se avecinaba y escapar. Yo solo era una niña desnutrida, viendo cómo todos a mi alrededor morían de hambre, uno por uno.

El silencio que siguió fue denso y pesado, pero finalmente, Laylith prosiguió. Su voz, ahora temblorosa pero firme, contenía el peso de viejas heridas.

—Vi cómo mi familia, mis amigos, incluso aquellos que nunca me cayeron bien, desaparecían. Todos sucumbieron ante el hambre... hasta que solo quedé yo, la única sobreviviente de mi tribu.

El dolor en sus palabras era inconfundible, cargado de un resentimiento profundo que había estado enterrado durante mucho tiempo. Lee sintió el peso de su historia, imaginando a esa niña, sola en un mundo que se desmoronaba a su alrededor.

—¿Y cómo lograste sobrevivir? —preguntó Lee en un susurro, sabiendo que estaba entrando en terreno delicado.

Laylith soltó una risa seca, desprovista de toda alegría, antes de responder.

—Sobrevivir no es algo que se logre, Lee. Solo sucede. El cuerpo se adapta, el hambre se vuelve parte de ti, y haces cosas que nunca imaginaste. Pero nunca te acostumbras al vacío —dijo, aún sin mirarlo, como si cada palabra la arrancara de su propio silencio.

Había una verdad cruda en sus palabras, una tristeza que ella ocultaba tras una fachada de dureza. El ambiente entre ambos se volvió sofocante, el frío de sus recuerdos los envolvía, como una presencia invisible pero palpable. Por primera vez, Lee sintió que estaba frente a alguien que verdaderamente comprendía lo que era estar solo en el mundo,

abandonado a su suerte, igual que él.

—Al final, yo pedí por un milagro... que alguien me salvara o que me sacara de mi miseria —confesó Laylith, su voz temblando, cargada de un dolor que parecía incontrolable—. Fue en una noche de luna llena, cuando ya estaba a punto de sucumbir, que él...

De repente, Laylith se detuvo. Lee percibió que había algo más, algo oscuro y profundo detrás de su pausa, pero antes de que pudiera preguntar, las voces de su pasado comenzaron a rodearlo nuevamente, ahogando el momento.

—Pero si es *Lemon* —una voz burlona irrumpió, interrumpiendo el ambiente tenso con un desafortunado comentario—. ¿Pensaste que nos habíamos olvidado de ti, pequeña ratita cobarde?

El corazón de Lee se aceleró. De pronto, se vio rodeado por su vieja pandilla; finalmente lo habían encontrado. Sabía que este momento llegaría, pero no de esta manera, no en medio de una conversación íntima con una desconocida tan misteriosa. La tensión en el aire era palpable, casi sofocante. Antes de que pudiera reaccionar, Laylith habló con un tono tranquilo, pero impregnado de una calma perturbadora.

—No pudieron llegar en peor momento, chicos —dijo, girándose lentamente hacia ellos. Su sonrisa era una mezcla desconcertante de burla y rabia contenida—. Tuve un recuerdo que me dio muchísima hambre.

Lee notó cómo la atmósfera cambiaba. La calma con la que se había presentado Laylith comenzaba a desvanecerse lentamente, reemplazada por algo mucho más siniestro. Por un segundo, su rostro parecía transformarse; sus ojos, ocultos detrás de las gafas, destellaban con una intensidad oscura que desconcertaba. Algo en ella se estaba preparando para enfrentar el peligro, y la pandilla lo notó.

—Ah, ¿y quién es esta? —uno de los pandilleros habló con desdén, señalando a Laylith—. ¿Tu nueva amiguita, *Lemon*? ¿Crees que esta perra te va a proteger?

Laylith los observaba uno por uno, como si los estuviera midiendo en silencio, evaluando cada movimiento, cada vibración. Antes de que Lee pudiera decir una palabra, Laylith intervino, pero su tono era distinto ahora. Era frío, susurrante, como el preludio de una inminente tormenta.

—Oh, chicos, no me malinterpreten —susurró, inclinando ligeramente la cabeza y agarrando la pelota con ambas manos—. Yo solo vine a jugar basketball un rato.

El aire se tensó aún más. Los pandilleros intercambiaron miradas confundidas, pero no bajaron la guardia. El silencio se volvió denso, y la sonrisa de Laylith, con ese filo sutil, no hacía más que añadir una extraña sensación de peligro inminente.

—¿Qué estás haciendo, Laylith? —murmuró Lee, sintiendo la incertidumbre crecer en su pecho. No sabía si debía intervenir o mantenerse al margen. La situación se volvía incontrolable.

—Relájate, Lee —respondió ella con un tono juguetón, como si leyera el ambiente—. Vamos a jugar, después de todo, a eso vinimos todos, ¿no es cierto, chicos?

Los pandilleros rieron, pero el nerviosismo en sus voces era palpable. La mirada afilada de Laylith los perturbaba más de lo que estaban dispuestos a admitir. Parecía que estaban caminando sobre una línea muy fina.

—Eres una perra loca —gruñó uno de los pandilleros, sacando una navaja con un movimiento brusco, intentando intimidarla.

Laylith no mostró miedo. Al contrario, su sonrisa se ensanchó de manera siniestra, mientras daba un paso hacia el agresor.

—No debiste hacer eso, cariño —dijo Laylith, con un tono rebosante de desdén.

Antes de que el pandillero pudiera reaccionar, lanzó la pelota que había estado sosteniendo con una fuerza y velocidad inesperadas. La pelota se estrelló directamente en el rostro del pandillero, resonando con un golpe seco. El sonido del impacto retumbó en el aire como un crujido, y la cara del tipo se deformó por la violencia del golpe. La pelota cayó al suelo con un eco sordo, mientras el pandillero retrocedía tambaleándose, con la nariz rota y sangre chorreando por su rostro.

Los otros pandilleros quedaron paralizados por un instante, su actitud fanfarrona se desvaneció de inmediato. La tensión en el ambiente se volvió insoportable para todos los presentes.

—¿Alguien más quiere jugar? —susurró Laylith, con su voz cargada de amenaza, mientras se quitaba las gafas, revelando unos ojos negros como un abismo, observando a los demás con una mirada depredadora.

—Tranquila, amiga, no tenemos problemas contigo —dijo uno de los pandilleros, aunque su voz temblaba—. Este pendejo hizo desaparecer a uno de nosotros, y tiene que pagarlo —señaló a un asustado Lee.

—Oh, qué triste historia... —respondió Laylith con sarcasmo, disfrutando del momento—. Pero Lee no hizo nada. La persona que me mandó aquí

fue quien lo convirtió en comida para ratas.

La atmósfera se cargó de una electrizante tensión, y Lee sintió que cada palabra de Laylith resonaba en su mente como un eco atormentador. La pandilla estaba al borde de una explosión, y él no sabía qué pasaría a continuación. La mirada desafiante de Laylith y el pánico creciente en los rostros de los pandilleros creaban un cóctel explosivo.

—No hay necesidad de que esto se ponga feo —dijo otro pandillero, intentando recuperar un poco de control—. Solo queremos que el mocoso pague, y te dejamos en paz.

—¿Y si no quiero paz? —respondió en tono suave, pero lleno de malicia—. Tengo una mejor idea: me dio hambre. ¿Qué tal si ustedes me alimentan y quedamos a manos?

Antes de que pudieran procesar sus palabras, Laylith se movió con una velocidad inhumana. En un abrir y cerrar de ojos, arrebató la navaja de las manos del pandillero herido. Sin dudarlo, se hizo un corte preciso en su brazo, justo donde los tatuajes serpenteantes adornaban su piel.

Los tatuajes negros comenzaron a cambiar, tornándose de un color carmesí intenso, como si la sangre que fluía por su piel les diera vida. Los pandilleros, paralizados por el horror, observaron cómo el poder oculto que yacía en Laylith despertaba ante sus ojos.

De la nada, unas cadenas hechas de sangre se materializaron, brotando desde sus brazos y piernas. Flotaban en el aire con una voluntad propia, como serpientes moviéndose con fluidez y precisión, como si tuvieran conciencia. Las cadenas se retorcían lentamente, emitiendo un leve sonido húmedo, y el ambiente se llenó del olor metálico característico de la sangre.

—Creo que la paz ya no es una opción, ¿no creen? —dijo Laylith, su voz resonando como un eco frío que calaba los huesos. — Tienen dos opciones: se marchan y nos dejan en paz, o...

Las cadenas de sangre se retorcían de manera amenazante ante los impactados pandilleros, quienes se quedaron quietos ante la incrédula escena. La tensión alcanzó un punto crítico, y Lee sintió que la situación se descontrolaba. Era el momento de actuar.

—¡Laylith, basta! —gritó, intentando llamar su atención, aunque su voz sonaba débil ante el despliegue de poder que ella había desatado. Su corazón latía con fuerza, y sabía que debía hacer algo antes de que la pandilla decidiera atacar o, peor aún, que Laylith perdiera el control.

De la nada, el suelo empezó a vibrar de manera extraña, como si pequeños pasos se apuraran en llegar a su destino. En unos segundos, toda la cancha se vio rodeada por una horda de pequeñas ratas que se detuvieron a una distancia prudente, pero amenazante. La visión de esos ojos brillantes y la multitud de cuerpos peludos hicieron que los pandilleros se atemorizaban todavía más.

Lee quedó pasmado por lo que acababa de suceder. Se preguntaba si las ratas estaban allí para auxiliarlo o si, de alguna manera, Laylith había convocado a esas criaturas como parte de su poder. La atmósfera se volvió aún más intensa, y el temor se apoderó de todos en la cancha, cada uno sintiendo que la situación se desbordaba de manera irremediable.

—¿Qué... qué es esto? —preguntó uno de los pandilleros, su voz temblando mientras intentaba no mirar a las ratas que ahora se agrupaban, como esperando una señal.

—No se asusten, chicos —dijo Laylith con una sonrisa torcida—. Este es el poder de Lee, y estas ratas también tienen hambre. ¿Quieren quedarse al festín? Ustedes son el postre.

Eso fue la gota que colmó el vaso. Los pandilleros huyeron aterrorizados por el horror que acababan de presenciar; era demasiado incluso para un grupo de delincuentes organizados. Gritos de pavor y llantos resonaron en la noche, augurando que no volverían por un tiempo.

De repente, en esa cancha solo quedaron Lee, Laylith y la horda de ratas, que, sin una orden, comenzaron a disolverse en la oscuridad. Laylith relajó su postura amenazante, y las cadenas de sangre se evaporaron en el aire, borrando cualquier rastro de lo ocurrido.

Lee se cuestionaba cómo había vuelto a verse envuelto en eventos tan sobrenaturales y amenazantes a su corta edad. Mientras tanto, Laylith, exhausta por el uso de su poder, se dejó caer al suelo. A pesar de su fatiga, sonreía con satisfacción, disfrutando del caos que había desatado. Volvió la vista hacia Lee con una mirada confiada y de complicidad.

—Oye, Lee, ¿no tienes algo de comer? Creo que jugué demasiado esta noche —dijo con su tono habitual de vuelta.

Lee, a pesar de todo, no pudo evitar sonreír ante lo absurda que era su vida en ese momento.

—Creo que tengo algo en casa. ¿Te gusta el pie de limón? Vamos antes de que llegue Sammy —respondió Lee, tomando la pelota a pesar de no haber encestado en toda la noche.

Fin.